

## BAJO TIERRA

Dentro de la enorme tubería, cuatro hombres sentados miran con aburrimiento correr el agua; un río taciturno y aceitoso que se desliza por el medio del lugar. Todo está iluminado por una luz sucia que viene de la parte alta de la tubería, donde hay enrejados cubiertos por vidrios traslúcidos que no dejan ver el exterior.

—Roberto —dice el hombre al que le falta un brazo—. Por qué no vas a ver que hace.

Roberto se pone de pie, se despereza, camina hacia una escalera metálica que sube hasta una tapa de alcantarilla y, bajo la mirada de los demás, trepa con parsimonia. Al llegar al final, sosteniéndose con un brazo, empuja con el otro. Tiene que hacer varios intentos para que la tapa ceda. El rayo de luz que atraviesa el agujero los encandila a los cuatro. Un momento después Roberto deja que la tapa vuelva a su lugar con un ruido explosivo que se propaga por los conductos durante un tiempo muy largo. Cuando el sonido termina de apagarse, todavía arriba, Roberto dice:

—Juega al tenis.

Y baja.

—Otra vez —dice Rodríguez—. Parece que últimamente prefiere el tenis.

—Más o menos —dice el Manco—, la semana pasada se la pasó jugando a los naipes con dos mujeres.

—¿Desnudas? —pregunta Rodríguez.

—No.

—Eso —dice Luis—. Lo que me está haciendo falta es una mujer. Él tiene dos, claro, pero yo me conformaría con una

aunque fuera fea.

—¡Ya empezamos! ¡Siempre lo mismo! ¡Terminala!

—Ustedes no parecen hombres. Cómo pueden pasar tanto tiempo sin una mujer. ¿Para qué sirve la vida sin una mujer, eh? Claro, es por eso que se escurren cada tanto por los caños, ya me puedo imaginar lo que andarán haciendo.

Los otros hombres, incómodos, no le contestan.

—Mierda, somos —continúa Luis que camina de un lado para el otro gesticulando con los brazos—, qué otra cosa vamos a ser aquí, en las cloacas. Ya no doy más, me voy.

—Estás loco —dice el Manco—, no salgas; sabés que no se debe salir.

—No se debe —masculla Luis mientras acomoda algunas prendas sobre un pedazo de plástico—. Son unos cagones, lo que necesito es una mujer o me voy a volver loco, quédense aquí, púdranse si quieren, pero yo me voy, adiós. —Anuda un pedazo de plástico formando una bolsa precaria que carga al hombro con decisión y, sin mirar atrás, se va con rapidez por la cañería.

Cuando se termina de apagar el eco de los pasos de Luis, el Manco dice:

—Está loco. —y menea la cabeza—. Comete una grave equivocación.

—Siempre fue un inconsciente —dice Roberto.

Rodríguez camina unos pasos en la dirección en que se fue Luis, se detiene, da media vuelta y les dice a los otros:

—A lo mejor tiene razón ¿no? —y agrega nostálgico—. Una mujer y una casa.

—Una mujer, una casa y un buen trabajo —dice el Manco.

—Una casa con jardín —dice Roberto—, para tomar el té los domingos.

—Sí, debajo de un álamo.

—Y un auto para pasear.

—Y un sofá.

—Y un barco.

—Y una mesita ratona.

—Y un avión.

—Para sentarme cómodo.

—Para volar alto.

—¡Basta! —Grita Roberto y después sigue con voz normal—. Basta por favor.

Rodríguez todavía murmura:

—Al menos un lugar con el piso plano.

Y los tres se quedan un momento en silencio hasta que el Manco pregunta:

—Qué estará haciendo ahora?

—...

—Qué hará —insiste.

Esta vez es Rodríguez el que sube la escalera y levanta la tapa.

—¿Y? —pregunta el Manco.

—No sé —dice Rodríguez que mantiene con esfuerzo la tapa de hierro abierta—, tiene un palo en la mano.

—Estará jugando a béisbol —dice Roberto.

—No, es un palo metálico, cromado.

—Entonces está jugando al golf. Lindo el golf. Uno camina, toma aire, la pelotita es una excusa para pasear y cada tanto ¡pum!: un palazo para sacarse la rabia de.

—¡Me caigo! —dice Rodríguez que deja golpear la tapa y se cae desde el tope de la escalera en medio del río que corre por el conducto.

Roberto y el Manco entran en la corriente, lo toman por los brazos y se apuran a arrastrarlo fuera del agua. Lo dejan a un lado de la tubería. El cuerpo de Rodríguez se acomoda a la curva. Tiene los ojos cerrados, está muy pálido y respira fuerte.

Los dos hombres se acuclillan y lo miran con preocupación. Por fin el Manco dice:

—Mejor darle calor, hacía un fuego.

Roberto se pone de pie y despega de la pared de la tubería pedazos de papel puestos a secar. Hace una pila cerca de Rodríguez y acerca un encendedor de oro. Cuando lo enciende, del encendedor sale oye una voz electrónica que canta un Lied de Mozart. Una vez que las llamas se consolidan Roberto dice:

—Se dio un buen golpe.

—Sí —dice el Manco con tristeza—, lindo golpe.

—¿Se va a morir?

—A lo mejor.

Las llamas hacen crujir un momento a los papeles y después se apagan. Los hombres no les prestan atención.

Se oye un chapoteo lejano.

—¿Y a Luis? ¿Cómo le habrá ido? —dice Roberto que levantó la vista en dirección al ruido.

—Quién sabe.

—Es bravo ser mujeriego.

—Sí, las mujeres vuelven imprudentes a los hombres.

Los dos, todavía en cuclillas, quedan en silencio. Por fin el Manco se pone de pie, camina unos pasos, se tira sobre unos trapos y cierra los ojos.

Roberto también se pone de pie y camina abstraído de un lado para el otro. Pone la mano en el bolsillo y vuelve a sacar el encendedor.

—Mujer. Casa —murmura y cada tanto hace funcionar el encendedor que desprende fragmentos del Lied electrónico.

Pasa un largo rato hasta que el Manco se sienta de golpe.

—Tuve un sueño —dice—, venía por las cloacas, por un caño como éste. Después el caño se dividía en dos y otra vez en dos y otra vez en dos, ya eran un montón de caños, me parecían las

venas de un cuerpo como los de la facultad de medicina. Yo reconocía con facilidad a todas las partes de la tubería: este es el caño uno decía, este el dos y así con los demás.

—¿Te parece que vale la pena soñar con estas tuberías?

—Supongo que no.

—¿Entonces?

—Hace tanto tiempo que estamos aquí —dice el Manco y pregunta—: ¿Por qué no subís a ver que hace? —sorprendiendo a Roberto con el brusco cambio de tema.

—Te apuesto a que está jugando al ping-pong.

—Cómo vas a saber a qué está jugando.

—Hoy es un día de ping-pong, ¿no es cierto Rodríguez? —dice Roberto en dirección al cuerpo inmóvil de Rodríguez. Después se vuelve dirigir a el Manco—: Te apuesto.

—Y qué vamos a apostar.

—No importa, te apuesto igual, lo importante es competir.

—Está bien —dice el Manco que parece haber perdido el interés y se aproxima a Rodríguez.

Roberto sube la escalera, levanta la tapa y dice:

—Qué raro, está jugando al volei, hubiera jurado que era un día para el ping-pong; en fin, ganaste.

El Manco no parece escucharlo; mira con atención la cara de Rodríguez.

—Viste esto —dice—, tiene una raya en la frente.

Roberto baja con rapidez y se aproxima a Rodríguez. Lo observa un momento y después le recorre la frente con un dedo.

—Es cierto —dice—, desde acá para arriba se puso rojo, parece que le estuviera bajando un telón por la cara.

El Manco menea la cabeza en un gesto que le debe ser habitual y camina hacia el agua.

—¡Mirá Roberto! —dice y se inclina de golpe.

Roberto se acerca. Arrastrado por el agua, el cadáver de Luis se desliza por el caño. Los dos hombres siguen un rato al cuerpo que flota y se mueve con lentitud, trabándose en las orillas.

—¿Habrá llegado a salir? —pregunta Roberto.

—¿Cómo?

—Del tubo, si habrá llegado a salir.

—A lo mejor, quién sabe —dice el Manco.

—¿Viste Rodríguez? Luis se murió —dice Roberto.

En la cara de Rodríguez la marca roja llegó a nivel de las orejas y de la nariz.

—Vida de perros —dice el Manco—. Bué, no hay que dejarse deprimir —y se dirige de nuevo a Roberto—. Dale, subí a ver qué esta haciendo ahora.

—Te dije que estaba jugando al volei.

No importa, subí de vuelta, a lo mejor cambió de juego.

Roberto sube la escalera y abre la tapa.

—Está nublado, parece que va a llover.

—¿Y él? ¿qué hace? ¿Sigue con el volei?

—No, me parece que piensa nadar, tiene puesto un traje de baño —y agrega con nostalgia—. A mí siempre me gustaba meterme en el mar cuando llovía.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta el Manco.

—Un trueno —dice Roberto, y baja.

Un rato más tarde la cañería empieza a vibrar con fuerza.

Roberto apoya una oreja contra la pared del tubo.

—Ya se largó, debe estar lloviendo con ganas —dice—, ¿no es cierto Rodríguez?

El Manco se acerca al agua y queda viéndola correr.

—Roberto, el agua, mirá —dice de repente.

—Va a subir otra vez —dice Roberto—. Y por lo que se oye vendrá mucha agua y va a subir mucho.

—Qué barbaridad —dice el Manco—. Otra vez habrá que

colgarse de la escalera.

—Y sí. Qué le vas a hacer.

—Claro, para vos es fácil, pero yo tengo un solo brazo. Me voy a acalambrear como la vez pasada.

El manco se sienta, apoya el mentón sobre las rodillas y se rasca la cabeza con la mano única.

—Y con Rodríguez qué hacemos —dice Roberto acercándose al cuerpo que yace completamente enrojecido. Se inclina para verlo mejor.

El Manco no le hace caso. Por fin, el agua que sigue creciendo le moja los pies y lo saca de sus pensamientos:

—¿Qué hace ahora? —dice.

Roberto sube la escalera, levanta la tapa, da un vistazo rápido y la vuelve a cerrar.

—Anda en bicicleta bajo la lluvia. Se lo ve muy divertido.

—Qué suerte tiene ¿eh? Bueno, qué hacemos con Rodríguez.

—Nada, qué vamos a hacer, se irá con el agua, igual que Luis. A lo mejor se encuentran. ¿No te parece bien que se encuentren?

—Creo que me van a encontrar a mí también —dice el Manco por encima del ruido del agua que ha formado un torrente. Se pone de pie y camina hacia la escalera dónde Roberto ya está subiendo.

Los dos trepan los escalones y quedan colgados. El agua sube cada vez más rápido y hace olas contra el cuerpo de Rodríguez que se mueve como si quisiera flotar. Por fin el agua lo despega del suelo y lo arrastra haciéndolo girar como un molinete.

El tiempo pasa con lentitud. Los hombres no hablan, el ruido es muy fuerte. A veces Roberto saca el encendedor del bolsillo y lo aprieta contra la oreja.

—¡Roberto! —grita el Manco—. ¡El agua nunca subió tanto!

—¿Qué?

—¡El agua! ¡Muy alta!

—Sí —dice Roberto que mira para abajo con preocupación.

—¡Y sigue creciendo!

El Manco empuja con la cabeza las piernas de Roberto para que suba un poco más. La frente del Manco se llena de transpiración.

El agua sube sin parar. Roberto aplasta su cabeza contra la tapa y su cuerpo se contorsiona para dejar lugar al Manco que dice exhausto:

—¡No doy más! ¡Se me afloja el brazo!

—¡Aguantá un poco! ¡No te sueltes!

El Manco, con el agua al cuello, desprende las piernas de la escalera y queda agarrado sólo con la mano. Le cuesta respirar. Su cabeza en la corriente forma olas como la proa de un barco. Roberto mira para arriba y para abajo con desesperación. De pronto su vista queda fija en el agua. Sumerge una mano para verificar y sonrío.

—Debe haber dejado de llover —dice con alegría—. Corre más despacio, ya va a empezar a bajar.

El manco, la cara distorsionada por el esfuerzo, afirma con la cabeza.

—Viste —dice Roberto—, era cuestión de tener aguante.

El manco no contesta.

—¿Podrás resistir un rato más?

El manco mueve otra vez la cabeza de arriba a abajo.

—Qué día —dice Roberto—. Quedamos nosotros dos solos.

El agua ya bajó mucho. El Manco, dolorido, desciende algunos escalones.

—Roberto —dice con voz ronca—. ¿Qué hace?

—¿Qué?

—Que qué hace.

Roberto levanta la tapa y mira.

**1991 © Emilio Matei**

---

Están prohibidos y penados por la ley la reproducción y la difusión total o parcial de esta obra en cualquier forma o medio mecánico, electrónico, inclusive por fotocopia, grabación magnética y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el previo consentimiento escrito de los titulares de los derechos.